CONTENIDO

Introducción 9

1. ¡Ayuda! Estoy atascado 15
2. Todos nos atascamos en algún punto 25
3. Los siete puntos de atasco 35
4. Sal del aislamiento 49
5. Reformula tu perspectiva 67
6. Sube el volumen de la voz de Dios 81
7. Replantea tu historia de vida 95
8. Resuelve tus asuntos pendientes 115
9. Redescubre tus límites 133
10. Da el primer paso 147
11. Evita las recaídas 161
12. Respira el aire de una nueva etapa 173

Reconocimientos 187

Acerca del autor 191

Copyrighted Material

INTRODUCCIÓN

A nadie le gusta atascarse. En lo personal, detesto el sentimiento de estar atrapado en el tráfico, en una larga fila en el aeropuerto, en un espacio de estacionamiento bloqueado o en una de las clásicas tormentas de nieve de Chicago. Tal vez, si eres como yo, hasta comienzas a pensar que el semáforo no está funcionando porque tarda demasiado en ponerse en verde. Incluso tenemos palabras clínicas que describen la ansiedad y el estrés que produce el sentirse atascado. La "cleitrofobia" (una palabra excelente para un concurso de ortografía) es la fobia de quedar atrapado, encerrado, en un lugar sin salida; es el miedo a atascarse. A pesar de nuestra fuerte aversión a sentirnos atrapados, incontables personas (de las que, quizás, formes parte tú) viven infelices en las condiciones más detestables… atascados en la vida.

Nicholas White, un gerente de producción de treinta y cuatro años, regresaba de su hora de descanso un viernes por la tarde cuando el elevador de su oficina en Nueva York se detuvo entre dos pisos. No llevaba consigo ni su reloj, ni un teléfono celular, ni agua, ni comida… tan solo un paquete de pastillas para el estómago.

Dio vueltas por el elevador, gritó, golpeó las paredes y hasta intentó salir por el techo. Finalmente, logró abrir por la fuerza las puertas, solo para encontrarse con una pared de ladrillo.

Casi dos días más tarde, llegó al punto de quiebre. Aunque no era un hombre religioso, White oró por ayuda. El domingo,

Copyrighted Material

a las cuatro de la tarde, casi delirando de sed y, para ese momento, resignado ya a su destino, escuchó una voz en el intercomunicador que preguntaba si había alguien allí. Finalmente, llegaron los paramédicos y lo rescataron. Llevaba atrapado cuarenta y una horas.

White no sufrió efectos secundarios físicos prolongados después de su experiencia en el elevador, pero, por su propio testimonio, sabemos que le produjo una fuerte angustia emocional. Nunca se supo por qué se detuvo el elevador. Durante las semanas siguientes a esta terrible experiencia, perdió su empleo en el que llevaba quince años, perdió todo contacto con sus antiguos colegas, perdió su apartamento y se gastó todos sus ahorros. Más adelante, reconoció: "Lo que me transformó no fue tanto la experiencia en el elevador, sino más bien mi respuesta a esta".[1]

¡Qué extraordinaria lección! Lo que nos transforma no es tanto el atascarnos, sino más bien la forma en que respondemos a esto.

Este libro es para todos los que en verdad (y quiero decir *en verdad*) quieren desatascarse. Las lecciones, las historias y los principios que se expresan en estos capítulos tienen el objetivo de ayudarte a descubrir aquello que te impide avanzar y de inspirarte a abrirte camino hacia esta nueva etapa de tu vida.

A menudo, es difícil identificar las cosas que *nos* atrapan y que nos mantienen atrapados.

Al igual que el monóxido de carbono, son difíciles de detectar, pero letales si no lidiamos con ellas. Nicholas White no sabía

1 Nicholas White en Rich McHugh y Jonann Brady, "Man Trapped in Elevator for 41 Hours", ABCNews.com, 21 de abril de 2008, http://abcnews.go.com/GMA/story?id=4693690.

Copyrighted Material

por qué su elevador se había dejado de mover, tampoco Troy Fredrickson supo en el momento por qué estaba tirado en el piso de su casa, sin apenas fuerzas para arrastrarse hasta la puerta. Hace unos años, Fredrickson, jefe de una pequeña estación de bomberos, y su esposa se despertaron porque su hijita se estaba quejando de un malestar general y de vómitos. Fredrickson tenía un ligero dolor de cabeza también, pero ayudó a su hija a bañarse y a cambiar las sábanas de su cama. Unos minutos más tarde, su ligero dolor de cabeza se convirtió en una pesadilla, peor que la migraña más fuerte de su vida. Fredrickson iba subiendo las escaleras para buscar algún medicamento cuando su entrenamiento como bombero se hizo notar. Inmediatamente, se dio cuenta del problema. Él y su hija estaban sufriendo de intoxicación por monóxido de carbono como resultado de un horno descompuesto. De inmediato, corrió hacia la puerta de la casa, pero se desmayó antes de llegar. Cuando recobró el conocimiento, a duras penas pudo arrastrarse hasta la puerta y abrirla. Después de salir, tuvo que esforzarse por mantenerse consciente hasta que llegó alguien para ayudar. Más adelante, Fredrickson reflexionó: "Si no fuera por mi entrenamiento, seguramente habríamos pensado que se trataba de una gripe y nos habríamos vuelto a dormir. Nos habríamos muerto dormidos".[2]

Estas palabras, "nos habríamos muerto dormidos", podrían aplicarse a cualquiera que lleva demasiado tiempo atascado en la vida. Si permaneces demasiado tiempo atrapado en el aire tóxico del estancamiento, te morirás dormido. Puede que lleves atrapado tanto tiempo que sientas que has perdido

2 Troy Fredrickson en Amy Macavinta, "Fireman's close call underscores danger of carbon monoxide, need for detectors", HJNews.com, 8 de enero de 2012, http://news.hjnews.com/news/article_0f2b6676-39bd-11e1-9f8a-001871e3ce6c.html?mode=jqm.

Copyrighted Material

la energía mientras te esfuerzas por arrastrarte hasta la salida. Tal vez sientas que necesitas urgentemente una bocanada de aire fresco espiritual. Lo más probable es que ya hayas pasado por este desafío de estar atascado, de manera que conoces el sentimiento y has vivido ya la frustración.

Desatascarse no significa cambiarte de domicilio, cambiar tu estado civil, encontrar un nuevo trabajo, cambiarte de iglesia, conseguir otro socio en el trabajo, alterar el color de tu cabello, cambiarte de carrera en la universidad ni hacerte un nuevo tatuaje. Lo que sí significa es comenzar a tomar nuevas decisiones en medio de tus circunstancias actuales. Para la mayoría de nosotros, significa tener un nuevo encuentro con Dios que exponga nuestros problemas y que nos despierte a la nueva etapa a la que Él nos está llamando. Estos capítulos te ayudarán a comenzar el proceso de encontrar libertad para siempre.

Este libro está basado en la historia de un hombre, de una cueva y de su Dios.

Durante casi tres mil años, se ha relatado la historia de Elías y de la cueva. El reconocido profeta es una importante figura en el judaísmo, en el islam y en el cristianismo. Miles de personas visitan todos los años la cueva de Elías en Haifa, Israel (que no debemos confundir con la cueva de la que trata este libro). En las familias judías de todo el mundo, todas las semanas se pronuncia el nombre de Elías en un ritual que marca el final del día de reposo (el sabát). Se considera a Elías uno de los profetas más importantes que caminó sobre la tierra. Su aventura hasta esta cueva infame y su extraordinaria experiencia en ella forman uno de los relatos más emocionantes de la historia universal.

La experiencia de Elías en la cueva se convirtió en el momento decisivo que redefinió su futuro. En ella, cualquiera que

Copyrighted Material

luche con la frustración de estar atascado en la vida encontrará inspiración y lecciones prácticas. Esta es una historia sencilla, pero profunda, de un hombre que superó su cueva.

Durante los últimos veinticinco años, he tenido la increíble oportunidad de trabajar con literalmente miles de personas de todos tipos en la gran ciudad de Chicago. Me sorprende el número de personas que en verdad están atascadas, que dejan la vida pasar de largo y que se sienten frustradas ante el futuro. No están atrapadas en un sentido físico, como Nicholas White en su elevador de pesadilla ni como Troy Fredrickson en su hogar lleno de gases venenosos. Están atrapados en un sentido mucho más grave; no entre pisos, sino más bien entre este momento y el siguiente. Muchos han vivido durante tanto tiempo en este entorno sofocante y rancio que ni siquiera pueden recordar cómo se siente respirar el aire del exterior. Al leer este libro, espero que comiences a llenar tus pulmones del aire fresco de esta nueva etapa y que des los primeros pasos para salir de tu propia cueva.

Copyrighted Material

CAPÍTULO 1

¡AYUDA! ESTOY ATASCADO

Yo tenía solo veintiún años, pero ya me sentía atascado. Allí estaba yo, acostado en el sillón con estampado floral de mi abuelita, mientras me inundaban olas de desánimo. Todos los huesos de mi cuerpo parecían dolerme. Yo me había esforzado tanto como me era posible, pero estaba cansado de no poder avanzar a pesar de todo. No estaba seguro de tener la energía para continuar… ni el deseo de hacerlo. Así me encontraba después de solo cinco meses de ministerio, exhausto en lo físico, desanimado en lo emocional y seco en lo espiritual. Tenía que aceptarlo: estaba atascado.

Mi mente regresó rápidamente a los eventos anteriores.

Durante mi segunda semana en Chicago, me desperté en la noche con el sonido de fuertes estallidos afuera de mi ventana. Cuando me asomé, vi a una docena o más de jóvenes corriendo por en medio de la calle, gritando y con pistolas en la mano. Sonó otro disparo. Recuerdo haberme tirado al piso y pensar: ¿En qué me metí? Me costó trabajo dormirme de nuevo con toda la adrenalina corriendo por mi cuerpo. Una semana después, mi prometida (ahora mi esposa) Dee me estaba esperando en el auto. Mientras caminaba hacia ella, pude darme cuenta de

Copyrighted Material

que algo andaba mal. Unos pocos minutos antes, una jovencita embarazada de dieciséis años había recibido una puñalada en el estómago en un incidente relacionado con pandillas... justo en frente de Dee. Cuando abrí la puerta del auto, sus ojos estaban llenos de lágrimas y temblaba sin control. El charco de sangre en la acera era un horripilante recordatorio de la violencia sin sentido que inundaba el vecindario que rodeaba nuestra iglesia.

Nuestra congregación era pequeña, joven y caótica, por decir lo menos. Nuestros servicios dominicales también eran impredecibles. Como aquel domingo en que teníamos de visita a un orador ciego, y Charlie, nuestro vecino con sobrepeso extremo, se presentó en el servicio un poco ebrio. Ese día, los ujieres de seguro estaban distraídos porque Charlie avanzó por el pasillo hasta quedar cara a cara con el orador que, por causa de su ceguera, ni se enteró de lo que estaba sucediendo. Acto seguido, Charlie intentó confiscarle el micrófono, pero un par de nuestros ujieres exconvictos se dieron cuenta y rápidamente sujetaron a Charlie y lo condujeron fuera del edificio, aunque Charlie gritó obscenidades durante todo el camino hasta que salió de la puerta.

ENTRE PISTOLAS Y PANDILLEROS

Un domingo por la mañana, después del servicio, noté que un grupo de personas se había amontonado en nuestras puertas de salida. Uno de ellos se dirigió corriendo hacia mí y me dijo: "Oiga, pastor, tenemos una situación". En nuestra iglesia, "una situación" significaba siempre una crisis. Un hombre estaba parado en la calle, en frente de la iglesia, agitando una pistola. Para el momento en que llegué al exterior, el hombre estaba apuntando la pistola hacia la cabeza de un sujeto total-

Copyrighted Material

mente aterrado, a quien comenzó a empujar contra un auto estacionado. Sin pensarlo, me lancé a intervenir. Terminé parado delante del hombre armado, mientras mi pequeña congregación se agazapaba en la entrada del edificio de la iglesia, incrédula ante la impulsividad de su joven pastor. En ese momento, me cruzó por la cabeza que podría haber llamado a la policía y dejarles resolver el asunto. Era demasiado tarde para eso.

Me sentí un poco como Pedro después que saltó de la barca para caminar sobre el agua, solo para darse cuenta de que no llevaba puesto el salvavidas. Improvisé el tono de voz más pastoral que mis cuerdas vocales de veintiún años podían alcanzar y le dije: "Oye, tú. Soy el pastor de esta iglesia. Estás asustando a mi congregación. Baja la pistola y deja que ese hombre se vaya".

El sujeto me miró un poco sorprendido. Yo no sabía si me apuntaría con la pistola o si seguiría mis instrucciones. Ni siquiera estaba seguro de que me creía, pero después de levantar la vista y de ver las cabezas que se asomaban por la entrada de la iglesia, lentamente bajó su revólver. Intentó convencerme de que estaba de mi lado, de que éramos "socios comunitarios" y de que, al deshacerse de inútiles como el hombre al que estaba amenazando, realizaba una especie de servicio comunitario. Le aseguré que había mejores maneras para limpiar el vecindario y lo convencí de guardar su revólver para que las personas pudieran regresar a su auto.

Sería poco decir que estábamos atrayendo a personas "sin cristianizar".

Un joven que comenzó a asistir a nuestros servicios era un pandillero del vecindario que, después de haber recibido un balazo en la cabeza, había quedado parcialmente paralizado. Caminaba con dificultad y arrastraba las palabras, pero su ac-

Copyrighted Material

SERÍA POCO DECIR que estábamos atrayendo a personas "sin cristianizar".

titud de pandillero seguía viva e intacta. Comenzamos a recibir quejas de las jóvenes de la iglesia porque, cuando se sentaba junto a ellas, les susurraba comentarios obscenos durante el servicio. Yo me acerqué a él una mañana y le informé que era bienvenido a adorar con nosotros, pero que la siguiente ocasión en que comenzara a hablarle con palabras soeces a una de nuestras hermanas, terminaría afuera de la iglesia. Alerté a nuestros ujieres exconvictos y les pedí que lo mantuvieran bajo observación.

Como era de esperar, un par de semanas más tarde, en medio de nuestro tiempo de adoración, lo vi acercarse a una jovencita, estudiante del colegio bíblico. El rostro de ella se enrojeció y se quedó boquiabierta. Desde el frente, les hice señas a dos de los ujieres para que lidiaran con él. Uno de ellos, un exnarcotraficante llamado José, se dirigió por el pasillo, se acercó al joven y le dijo algo. La conversación se tornó tensa. Nuestro amigo pandillero enredó las piernas en las patas de la silla y se aferró al asiento con una mirada desafiante. En el siguiente momento, los dos enormes ujieres levantaron al grosero pandillero con todo y silla y lo cargaron por el pasillo hasta la puerta. Lo colocaron en la escalera de la iglesia, afuera de la entrada principal. Después de esto, nuestro valiente equipo de ujieres se ganó una nueva medida de respeto.

Ante estas crisis interminables, poco sueño, malos hábitos alimenticios y una agenda completa, comencé a desgastarme. Las necesidades de la comunidad empezaron a abrumarme.

Copyrighted Material

Nuestros recursos eran escasos. Las exigencias crecían y mi visión, que alguna vez brilló con fuerza, comenzó a atenuarse. Yo creía que Dios me había llevado hasta allí, pero ahora me sentía desgastado. Había comenzado a creer que Dios me había abandonado a mi suerte.

AGOTADO DESPUÉS DE SOLO CUATRO MESES

Solo unos meses antes, había subido lentamente por las escaleras de concreto del edificio de aquella antigua iglesia ortodoxa rusa. Era mi primer día de trabajo y no había nadie más en el lugar. Caminé por el pasillo central hasta la oficinita improvisada que se hallaba detrás del escenario y me senté en una vieja silla de madera. Mis pensamientos se vieron interrumpidos por el golpeteo de las patitas de ardillas en el viejo techo de lámina. Aparentemente, les había gustado mi predicación y decidieron adoptarnos como su iglesia.

Esta pequeña iglesia en el suroeste de Chicago tenía unos dieciocho miembros y solo podía ofrecerme un salario mínimo de medio tiempo. Llevaban buscando pastor durante dos años, pero les estaba costando trabajo encontrar a alguien dispuesto a aceptar el salario y a vivir en el vecindario. De hecho, al menos un candidato recién salido del seminario había llegado en su auto al edificio y bajado su ventanilla, pero se había negado a salir del auto. En cambio, cerró los seguros de las puertas y se apresuró a marcharse. El domingo por la mañana, el pianista dirigía los cantos, pero el domingo por la noche y el grupo de los miércoles tenían que cantar himnos sin música. El pequeño comité de liderazgo estaba tan desesperado que me pidieron a mí, un joven de veintiún años, soltero, recién graduado del seminario y sin experiencia pastoral, que fuera su

Copyrighted Material

pastor. Yo, en mi ingenuidad, acepté. Una iglesia desesperada y un pastor ingenuo... ¡vaya combinación!

Un hombre de negocios que pertenecía a la congregación sintió lástima por mí y me permitió vivir sin pagarle renta en un edificio de su propiedad que utilizaba como oficina y bodega. Vivía en una habitación y compartía baño con los trabajadores de la oficina. Dormía sobre un colchón en el suelo y contaba con una mesita destartalada y dos sillas recubiertas con vinilo amarillo. Mis libros estaban apilados en el suelo y había colocado varias trampas para ratones en lugares estratégicos alrededor de mi colchón para mantener a raya a los animalejos que patrullaban por la noche.

Lo más difícil no fue el bajo sueldo ni las condiciones de vida espartanas, sino más bien la gente necesitada que veía dondequiera que volteaba. Yo era soltero, joven y lleno de un idealismo ilimitado y de un deseo por ayudar a los demás. De inmediato, me vi sumergido en un torbellino de actividades. Decidí que intentaría visitar de forma personal todos los hogares que me fuera posible en la comunidad. Era pleno invierno, por lo que no había muchas personas paseando en las calles de la gélida ciudad de Chicago. Recluté a todos los compañeros que pude y comenzamos a visitar hogares. Además de las visitas cuatro noches por semana, enseñaba tres veces por semana, ofrecía mentorías a nuevos miembros, daba clases de guitarra, organizaba reuniones de liderazgo, aconsejaba a personas en crisis, intentaba recaudar fondos, organizaba equipos de servicio y preparaba mi boda que estaba ya próxima. Hasta me di a la tarea de limpiar el campanario de décadas de excremento de paloma y llené veinte bolsas de basura. No recuerdo haber tomado una clase en el seminario que se llamara: "Introducción a la limpieza de campanarios".

Copyrighted Material

Algunos asistentes dejaron de congregarse después de que llegué porque se oponían a los cambios que estaba haciendo. Aparentemente, la vieja guardia no consideraba aceptable aplaudir ni tocar la guitarra durante el servicio. De manera que logré reducir un grupo de veinte a unas quince personas en tan solo unas pocas semanas. No teníamos grupo de alabanza ni escuela dominical funcional y las ofrendas eran patéticas. Nuestro edificio, construido en 1910, se estaba cayendo a pedazos. Los pandilleros rondaban los escalones de la iglesia como si la cuadra les perteneciera. Se suponía que debía casarme en un par de meses, pero apenas podía sobrevivir yo solo con mi pobrísimo salario; mucho menos lograría sostener a mi esposa. No tenía auto propio, ni ahorros ni seguro. Me la pasaba corriendo desde temprano en la mañana hasta tarde en la noche, y los resultados eran prácticamente nulos. Pensé: *Quizás no sirvo para ser pastor*.

Como no tenía seguro de gastos médicos, el médico de mi abuela accedió a revisarme gratuitamente en Indiana, un estado aledaño. Yo no sabía qué andaba mal, pero sí sabía que me sentía sin energías y enfermo. Después de examinarme, el médico me advirtió con severidad que necesitaba descansar en cama y que mi salud estaba en riesgo si no me cuidaba. Esa semana, en el sillón de mi abuela, me pasé un día entero gimiendo y quejándome. Estaba medio delirante, entre brotes de fiebre y períodos intermitentes de sueño y de lucidez.

Yo oraba débilmente: "Dios, ¿por qué dejaste que sucediera esto? ¿Cómo terminé aquí?". Recuerdo lo que me dijo mi último pastor cuando hablé con él sobre la posibilidad de trabajar en una iglesia cerca del centro de la ciudad de Chicago. Me miró con pesimismo y me dijo: "La ciudad engulle pastores y los escupe a diestra y a siniestra. Será mejor que estés seguro de que Dios

Copyrighted Material

te ha llamado allí". En ese momento, acostado en el sillón, sus palabras me vinieron a la memoria. Comencé a llenarme de incertidumbre. Definitivamente, me sentía engullido y escupido. Tal vez, *sí* había cometido un error. Tal vez, no era allí mi lugar.

Finalmente, tomé fuerzas para envolverme en una cobija y bajar al sótano. Comencé a recorrer el lugar de ida y de vuelta y seguí quejándome con Dios porque yo había hecho todo lo que Él me había pedido y, como recompensa, me había conducido a esta situación sin salida. Me sentía atrapado y abandonado. Mientras más me quejaba, peor me sentía. Una oscura nube de desolación se ciñó sobre mis oraciones quejumbrosas. En mi frustración, le dije a Dios que no quería continuar así. Él no me respondió.

LA SALIDA DEL SÓTANO

Al día siguiente me sentía demasiado cansado como para quejarme y demasiado desgastado para seguir gimiendo. Me quedé allí, envuelto en mi cobija, en silencio delante de Dios. Finalmente, en el silencio de aquel oscuro sótano, el susurro de la brisa apacible de la voz de Dios comenzó a atravesar los ruidos confusos de mi disonancia espiritual. Lentamente, comencé a darme cuenta de que estaba demasiado ocupado con mi propia misión para darme el tiempo de escuchar a Dios. La voz de las necesidades de las personas y de mi propia avidez me habían hecho desviarme de mi llamado más importante: mi propio caminar con Dios.

Durante los siguientes días, escudriñé mi alma a profundidad. Comencé a ver algunas de las presiones dañinas que me motivaban. Un pastor mayor y de buena reputación que yo conocía le hizo saber a otros que dudaba de que yo pudiera dirigir una iglesia en la ciudad. Comencé a pensar que tenía

Copyrighted Material

que esforzarme por demostrar que no fracasaría. Mi identidad dependía de mi éxito o de mi fracaso. Para complicar aún más el asunto, yo tenía asuntos sin resolver. Me había sentido herido por un grupo que esperaba que me apoyara, pero que, en cambio, me había criticado. En mi mente, me alejé de ellos cuando más los necesitaba. Además de esto, me vi cara a cara con la espantosa arrogancia de mi propia alma. Había caído en la trampa de pensar que era mi responsabilidad arreglar a las personas, salvarlas y suplir sus necesidades.

Así que oré: "Perdóname por intentar hacer en mis fuerzas lo que solo tú puedes hacer en el poder de tu Espíritu". Llegué a entender que Dios no necesitaba un pseudomesías en miniatura que intentara frenéticamente hacer lo que solo podía hacer el Mesías verdadero. Confesé mi autosuficiencia y mi falta de dependencia en Dios. Me sentí quebrantado por la arrogancia que me había llevado a este lugar tan oscuro, pero también humilde ante la sublime gracia de un Dios que me estaba llamando a salir de allí. Este fue un punto de inflexión para mí, un momento decisivo. Cuando finalmente subí por las escaleras de aquel sótano, sabía que había escuchado el susurro del Espíritu de Dios.

Decidí que no podía continuar con el ministerio de la misma manera. Mientras conducía de vuelta a Chicago, sabía que era necesario hacer cambios. Regresaba a las mismas presiones, a los mismos problemas interpersonales y a las mismas crisis financieras, pero me sentía diferente. Había obtenido una nueva consciencia de mi propia debilidad y un nuevo entendimiento de mi dependencia de Dios.

Durante los meses siguientes, la pequeña iglesia comenzó a experimentar victorias inesperadas. De pronto, personas

Copyrighted Material

que se habían resistido empezaron a responder. Me parecía que alguien había quitado una tapa invisible a esta congregación en aprietos. Nuestros servicios de adoración resplandecían con un nuevo sentido de la presencia de Dios. Lo que no había logrado por medio de mis propios esfuerzos estaba sucediendo a medida que daba un paso atrás y le daba espacio al actuar de Dios. Personas de muchos trasfondos diferentes y de diversos vecindarios en Chicago comenzaron a llegar a este antiguo edificio de ladrillo en la esquina de las calles 44 y Paulina. Era el comienzo de una nueva etapa.

MOLDEADO POR LAS LUCHAS

Esta experiencia breve, pero decisiva, en el sótano me moldeó de maneras muy profundas. Mi derrumbe personal me resaltó la importancia de no adelantarme a Dios ni de quedarme atrás de su paso, sino de mantenerme al ritmo de lo que Él estaba haciendo. A menudo, recordaba la experiencia de estar demasiado ocupado para Dios y la frustración de buscar cumplir mi misión en mis propias fuerzas. Las primeras lecciones que aprendí en la lucha por salir de mi cueva habían determinado mi perspectiva de la vida.

Todos tenemos nuestros propios puntos de atasco que nos impiden seguir avanzando. Yo no conozco tu historia, pero sí sé que puedes avanzar a una nueva etapa. Espero que estés comenzando a escuchar el susurro espiritual que te llama hacia la salida. Este soplo divino se encarga de despertar en ti un descontento santo que te hace anhelar una vida diferente. Oro para que tu corazón se despierte ahora mismo a las posibilidades de dar pasos valientes hacia esta nueva etapa.

Copyrighted Material